

Samuel Román: esfuerzo y triunfo

(Los ochenta años del gran escultor chileno)

RICARDO BINDIS

La escultura, el arte de la urbe, el más cercano al pueblo, ya que el habitante de las ciudades lo encuentra a su paso, porque es el más utilizado para dignificar a los héroes y los hombres ilustres de una nación, tiene magníficos representantes en Chile. Seguramente el misterioso telón de fondo de los picachos andinos, los terrenos gredosos y la tradición popular de la cerámica en los villorrios campesinos, nos han transformado en escultores natos. Desde Nicanor Plaza, el creador de *Caupolicán*, pasando por Virginio Arias, el maestro del *Roto chileno*, hasta llegar a Samuel Román, vigoroso creador de *Novia del viento*, siempre hemos brillado en el arte del volumen.

Por una de esas raras coincidencias del destino dos de los más grandes estatuarios nacionales nacieron el mismo día, pero separados por casi medio siglo de distancia. Virginio Arias y Samuel Román vieron la luz primera el 8 de diciembre. El primero en el lejano 1855, el segundo, en el despertar del siglo, en 1907, cuando las condiciones para sobresalir fueron más favorables. El tenaz defensor del academismo fue profesor de Román, que se formó en los gustos de la simplicidad artística y las búsquedas más comprometidas con la modernidad. En este momento, justamente, estamos celebrando alborozados los ochenta años de vida del fecundo Premio Nacional de Arte 1964.

Indagar en la rica biografía de Samuel Román Rojas es apreciar la oposición de una vida de esfuerzo y de triunfos. De gigantescas realizaciones y lucha contra la adversidad. Hijo y nieto de campesinos, él mismo ha

confesado: "Desde muy temprana edad tuve que ayudar a mis padres lo que me impidió conocer los juegos en compañía de otros niños. Rodeado de una sociedad que me era hostil, la soledad fue siempre madrina de mis juegos: el volantín, el vagar por las orillas de los ríos, montes y montañas que forman el paisaje de Rancagua, aún recuerdo como me extasiaba profundamente ver de madrugada tallar estribos a mi tío Pedro Rojas, con una habilidad artesanal cautivante".

Su infancia y su adolescencia está marcada por las contumbres campesinas, por un vital contacto con la tierra. Allí descubrió la greda roja de los cerros rancagüinos, con la que modeló su primer "mono", una cabeza del prócer Bernardo O'Higgins. Apenas se empinaba sobre los diez años. Sus conversaciones con un pintor de letras y un vagabundo solitario, que conocieron sus sueños e inquietudes, lo llevaron a la Escuela de Bellas Artes, donde ingresó en 1924, recibiendo la formación profesional de Carlos Lagarrigue y Virginio Arias. El mundo se le abrió de una manera espectacular y gozó desde que ingresó por esas altas escaleras del Parque Forestal.

La pintoresca personalidad de Román, valiente y explosiva, está marcada por tremendas vivencias infantiles. En sus lejanos recuerdos de comienzos de siglo, nos dice: "Salí a la calle no camino a la escuela, sino que con un enorme canasto cargado de humeantes tortillas. Era el mayor de todos los hermanos y tenía que ayudar a mi madre, ser admirable, crucificado en el tormento de un matrimonio, donde toda felicidad y todo descanso le fue negado, salvo el de acariciar nuestras ariscas cabelleras en las largas vigilias de la noche".

Antes de cumplir veinte años concursa en el Salón Oficial y el jurado lo consagra con una tercera medalla, galardón que demuestra las extraordinarias condiciones que lo adornaban. Su carrera artística, de allí en adelante, está jalonada de triunfos y realizaciones gigantescas, como corresponde a un auténtico ejecutante de grandes monumentos. La incorporación de lo popular, de las formas infladas de la cerámica costumbrista, lo incitan para recrear a las loceras de los centros alfareros. Modela con soltura innata, pero con inclinación especial por la síntesis y el respeto al bloque cerrado.

Ha sido un trabajador incansable y ningún material es desconocido para él. Modela la greda con la misma nobleza que enfrenta el duro granito cordillerano; junto a la potencia del bronce está su aprovechamiento de la fluidez formal de la terracota. La pureza de los materiales naturales, eso sí, la ha empleado en todas sus posibilidades. Jamás ha indagado en el plástico y las infinitas variaciones de la tecnología moderna. Tal vez por eso ha dicho que "admiro a los escultores de la Grecia clásica, sus esculturas son estáticas,

pero detienen el momento en el instante justo". Eso no quiere decir que sea un conservador, un repetidor de fórmulas caducas.

En 1935 el joven artista recibe el primer premio del Salón Oficial, consiguiendo el espaldarazo que necesitaba para atreverse con obras más ambiciosas, pues su labor docente en la Escuela de Artes Aplicadas se ha iniciado unos pocos años antes. Su inquietud continúa y gana por concurso público la beca Humboldt, que lo llevó a Europa por dos años, estudiando la obra de Barlach y Käthe Kollwitz, muy criticados en la Alemania de su tiempo. En su viaje a París admiró a Zadkine, Rodin, Maillol y Bourdelle, sin embargo, sintió la potencia del Renacimiento en la tumba de los Medicis y las estatuas ecuestres del Gattamelata y el Colleoni, en las calles italianas.

En Alemania concibe su maravillosa *Novia del viento*, que dejó atónitos a los críticos con su movimiento contenido. El profesor Carlos Linfert, de la Universidad de Heildelberg, expresó: "Puede anotarse en forma maciza, como en pocas líneas llega a expresarse el movimiento interno impelente: tal como en la obra *Novia del viento* que parece suspendida. Da la impresión que vuela, que corre como el viento, y esto, porque sus formas son suaves y van envueltas en su manto espeso y cerrado". Es un juicio sereno, elevado, en un momento decisivo de la humanidad, pues estamos a las puertas de la segunda gran conflagración mundial, que cambió el rumbo de la historia.

Reconforta el espíritu comprobar que hace cincuenta años se valoró su larga residencia europea, con apreciaciones muy acertadas, cuando hojeamos una *Revista de Arte*, de 1938, que dice: "Román triunfa. Y por último —suprema lección— coteja en un mundo distinto, su mundo interior con ese otro de diversa sensibilidad, reaccionando ante diverso ambiente, ha producido en los países más refinados de Europa"... "Román es por eso hombre representativo, es la raza que brota a raudales. Y no es el tema, la escenografía, el absurdo telón folclórico, en que caen los falsos artistas, sino que es un alma que se expresa por símbolos tangibles". Un juicio verdaderamente premonitorio.

En su espectacular *Novia del viento*, con sus manos ágiles y ansiosas de comunicación, mueve las formas con una vivacidad que emerge de la vasija, el cántaro y el personaje ornamental de Quinchamalí, que está metido en su sangre. Pero no nos engañemos. Bulle con todo su vigor la solemnidad expresiva, la tradición de la estatuaria clásica. Son los dos universos opuestos los que se insertan en su quehacer. Los dos comulgan sin hostigarse, en ese metro y medio de pasta cerámica, donde está el goce sensual de la materia, que se doblega ante la habilidad de su creador. Recios signos primitivos, inscripciones que vienen de lo más arcano, dan su sello a esas grandes superficies de greda fresca.

El retorno a la tierra es triunfal y en la década del cuarenta los encargos abundan. En el monumento a las educadoras Isabel Pinochet y Antonia Tarragó, en la principal avenida de Santiago de Chile el artista utiliza el duro granito de cordillera, con los volúmenes arcaizantes que exige el material. Esas reposadas figuras con vestimentas estilizadas, atraen por la simplificación y el monumentalismo que comunican. La resistente piedra está impregnada de nobleza, por la túnica larga de las mujeres que llega hasta los pies, recordando una columna por las puristas estrías que vemos en la parte inferior. Es un canto a la escultura de bloque cerrado, de vieja raíz clásica.

El mundo recién salía de la guerra, cuando el 13 de abril de 1946 se inaugura el monumento a las maestras, causando estupor en el habitante santiaguino. Román había trabajado cerca de dos años en vencer el duro material, pero alternaba como siempre con otras realizaciones menores. Por un convenio especial había iniciado la galería de los Presidentes, en el palacio de La Moneda. Los bustos en mármol de: Bernardo O'Higgins, Antonio Pinto, Federico Errázuriz, Domingo Santa María, J. Manuel Balmaceda, Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos, en un sentido más tradicional de las formas, respetaba las facciones de los mandatarios, sin dejar de agregar su sello personal, que nunca deja de estar presente en el mínimo objeto salido de sus manos.

En la gestión del Presidente González Videla, con motivo del plan de ornato de la ciudad de La Serena, se le encargaron varias obras. Su ingenio plástico emergió potente en la monumental fuente de la plaza principal, con los volúmenes plenos en una composición muy desahogada y novedosa, que aporta soluciones muy renovadas. Es una de las obras públicas de mayor envergadura que ejecuta nuestro escultor, aprovechando su tremenda calidad con el cincel, desbastando el material noble, con el vigor que lo distingue en su fecunda producción, que le permitió llenar el recinto del viejo Ministerio de Educación, en septiembre de 1949, que llegó hasta la misma avenida Bernardo O'Higgins. El cemento, el bronce, el yeso, la terracota, el mármol y la humilde cerámica, se unieron en esta muestra de su talento, en una visión panorámica.

Hasta este momento su obra ya crea polémica, pero el escultor está muy seguro de sus medios y tiene explicaciones clarividentes de su labor, cuando escribe: "Toda vida marcada por su destino, está supeditada, la mayoría de las veces, a la aventura de la sociedad que la rodea. Los halagos delirantes o los contrapuntos de lo adverso, pueden malograr el libre desenvolvimiento de lo condicionado y hasta equivocar el camino hacia la meta legítimamente propuesta". El vigor de la factura se equilibra con sus amores clásicos, que

nunca lo abandonan y que afloran subrepticamente en la totalidad de sus piedras y metales, con sus formas serenas, estáticas, puristas.

En 1948 da término al enorme bronce de homenaje al Presidente Balmaceda, a la entrada de avenida Providencia, con su capa al viento, en el sentido simbólico que gusta tratar a los personajes públicos, muy distante del naturalismo sentimental. Reconocemos al gobernante, pero las masas que se alternan en entrantes y salientes muy inventadas, le dan un aire de pura fantasía escultórica, más allá de semejanzas y anécdotas. A propósito de esto, recordamos que ha dicho: "Al modelar un retrato, por ejemplo, las apariencias me sirven sólo de instrumento o vehículo para entregar una pieza lograda que, carente de artificio, atrae por la armonía de las líneas".

El arte de la calle, integrado a los árboles, plantas, edificios, es el que mejor realiza Samuel Román. Las formas primarias, los volúmenes puros, en la piedra o el bronce, forman parte del paisaje como una flor crece en el prado. Creemos que sus grandes monumentos ya pertenecen al rincón de la ciudad a que han sido incorporados. Está siempre la austeridad más decidida, decantada, con sus formas que se oponen a los letreros del tráfico, las líneas de señalización de los vehículos, pero que terminan por convivir con verdadera simbiosis, sin que se malogren en su autenticidad, en sus roles más genuinos.

Cuando está en la madurez de su profesión y lleno de encargos, un jurado formado por Eugenio González, Héctor Banderas, Luis Oyarzún, Maruja Pinedo y José Balmes, le asigna el Premio Nacional de Arte, a fines de 1964. Es el séptimo inmortal de nuestras bellas artes. Nadie discutió este galardón, que destacaba al segundo escultor que ganaba esta recompensa, que toma en cuenta toda una vida dedicada al acto creador. Es la consagración de unas manos privilegiadas, donde la intuición y el hallazgo fortuito no están ausentes, con su misterio profundo, pero también se distinguió al primer maestro de la modernidad volumétrica, que valora a un Barlach y a un Lehmbruck.

Es preciso no olvidar el busto a O'Higgins, que el Gobierno de Chile donó a la hacienda de Montalván, en el Perú, en noviembre de 1954. Este trabajo en bronce, respetando la tradición del retrato figurativo, es bien importante en la vasta producción de Román, no obstante las limitaciones convencionales. Con motivo de la entrega de esta escultura, el inolvidable intelectual Luis Oyarzún dijo: "Nuestras obras de arte han llevado con frecuencia a otros países de América el testimonio de inquietudes creadoras que surgen de un aliento de espiritualidad y paz".

Su gran profesionalismo, su perfeccionismo increíble, lo reconoce la comisión encargada para levantar el monumento a los fundadores de la

Universidad de Concepción, que lo designa para tan noble misión. Es bueno aclarar que previamente se había llamado a concurso público para esta empresa, en la que concursaron los mejores artistas del país. Ningún proyecto dejó satisfecho al jurado. Samuel Román, entonces, se lanza en un esfuerzo monumental y eleva a ocho metros de altura unas formas serpenteantes, creando una dimensión cósmica, un aura de misterio, poco frecuente en sus esculturas. Este bronce, verdadero estandarte de la ciudad de Concepción, es lo más logrado del maestro del volumen.

El fogoso artista de Rancagua es de contextura robusta, que está en perfecta armonía con las colosales estatuas salidas de sus manos, pero no olvida el lirismo que debe comunicar toda obra de arte. De allí que recordemos un poema suyo, donde expresa en sus acápites más sobresalientes: "La materia inerte, en apariencia dormida, se estremece al oír voces lejanas. Con insistencia imperativa la llaman a inmovilizar sus energías y tomar colocación en el principio de su propia historia". De alguna manera resume el esfuerzo creador de cerca de dos mil obras, grandes y pequeñas, que podemos admirar en el taller-museo de la calle Macul y muchos rincones de Chile.

Los materiales no pueden divorciarse de la obra de Román: piedra y símbolo están unidos en una armonía perfecta, indisoluble. El mismo se confiesa enamorado del granito, porque requiere de un esfuerzo para doblegarlo y pone toda su voluntad para vencerlo con el cincel. Ha sido un tenaz defensor de sus ideas y muchas veces discutió acaloradamente con las autoridades que deseaban halagos superficiales de los personajes llevados al bronce o el mármol. Combativo y enérgico, impuso sus principios escultóricos, como hemos podido comprobar a lo largo de este relato de la biografía del octogenario estatuario, gloria de las artes plásticas americanas, como lo ha expresado tanto crítico foráneo.

La masa voluminosa, el principio del bloque cerrado, el trozo natural salido de la cantera, es el que mantiene la hilación de su trabajo a lo largo de sesenta años. Esto sólo se rompe en el momento penquista donde el arabesco de bandas que envuelven la figura idealizada del rector Enrique Molina crean un ritmo dinámico. El tratamiento puro de las líneas verticales del motivo central se rompe con el movimiento envolvente de las cintas que recorren caracoleadamente ese personaje hierático, alado, que representa la espiritualidad. En 1966 se inauguró en Concepción este monumental bronce de más de siete metros, considerado el más bello monumento moderno del país.

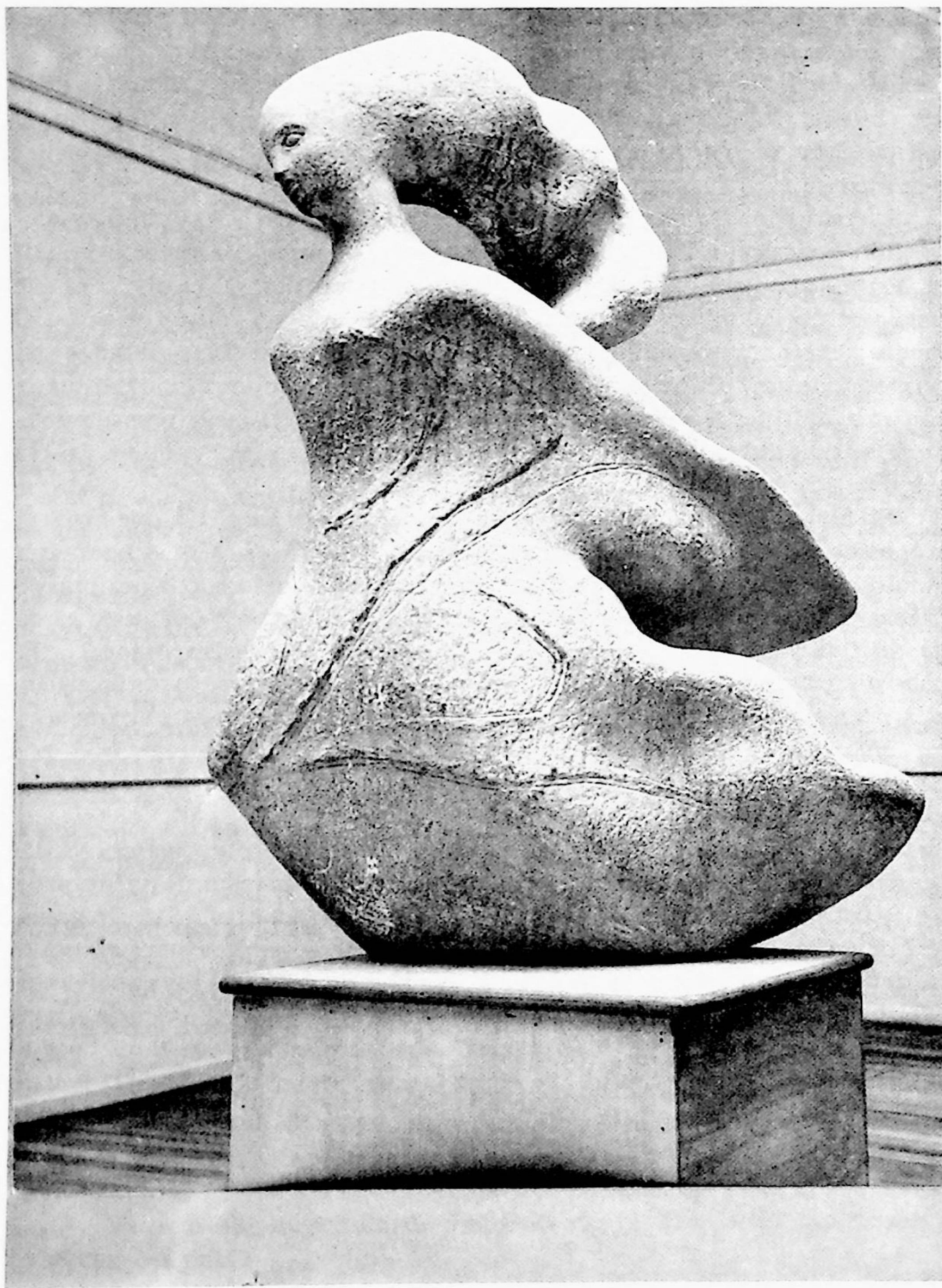
Los estudiosos del arte chileno y los críticos han sido generosos con este maestro batallador. Antonio R. Romera expresó: "Destaca el diseño espiri-

tualizado romántico en la cabeza (Balmaceda) y el sentido dinámico de la figura en su avance hacia la inmortalidad. Busca siempre una morfología de planos sencillos, de líneas marcadas para el equilibrio afirmado en la clara luz chilena". Un elogio que se debe considerar porque viene del famoso crítico, que se mantuvo treinta años en el primer plano de la noticia periodística.

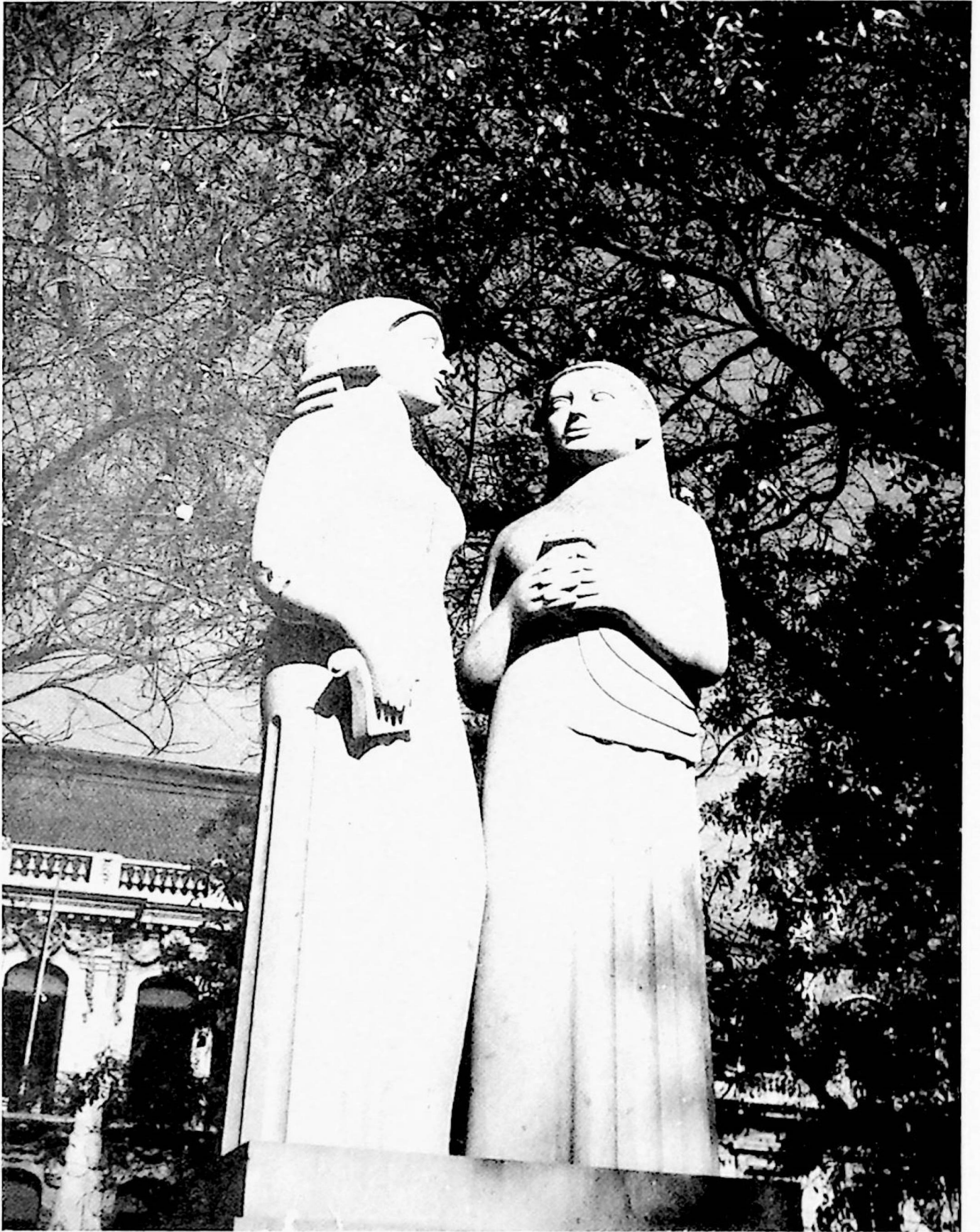
El escudriñador porteño Enrique Melcherts, en un estudio muy documentado, escribió: "No cabe duda que la obra de Samuel Román es una de las extensas y variadas entre los escultores nacionales. Y también puede señalarse que el artista manifiesta una evolución poco común dentro del medio nuestro. Su vastísima labor puede agruparse en: obras de reducidas proporciones; escultura personal de gran tamaño y, por fin, monumentos de encargo, destinados a perpetuar personajes ilustres". Una inteligente manera de subdividir su producción, que puede servir mucho a quien quiera estudiar su obra.

En la monumental edición *Historia gráfica del arte universal*, que firma el argentino Julio E. Payró, en breves líneas nos informa así: "Chile cuenta con escultores de garra, como Lily Garafulic y Samuel Román, y con pintores de avanzada, como el abstracto Luis Vargas Rosas, además de una vasta gama de artistas representativos de todas las tendencias contemporáneas". El compatriota de este historiador, el eminente Emilio Pettorutti, se entusiasmó con nuestro escultor, al expresar: "Samuel Román es un escultor de hoy, un constructor de nuevas formas plásticas. Embebido de nobleza actual, nos da por medio de ritmos, la visión del mundo que acaso en la realidad no viva, ni vivamos, pero que sí amamos y soñamos".

Hace poco más de un lustro en un concurso de escultura, con motivo del centenario del Museo de Bellas Artes, se premió con la máxima recompensa a este autor de tanto monumento significativo. En esa ocasión expresamos: "Sus sugerentes piedras, de depurado oficio, poseen el vigor que siempre lo ha definido, con toda la carga vital de sus abrazos pétreos, sus envolventes masas de canto a la montaña". Al cierre de estas líneas de homenaje a toda una vida dedicada a vencer la piedra, nos inclinamos reverentes ante el escultor de América, que sigue trabajando con el mismo entusiasmo de hace más de seis décadas.



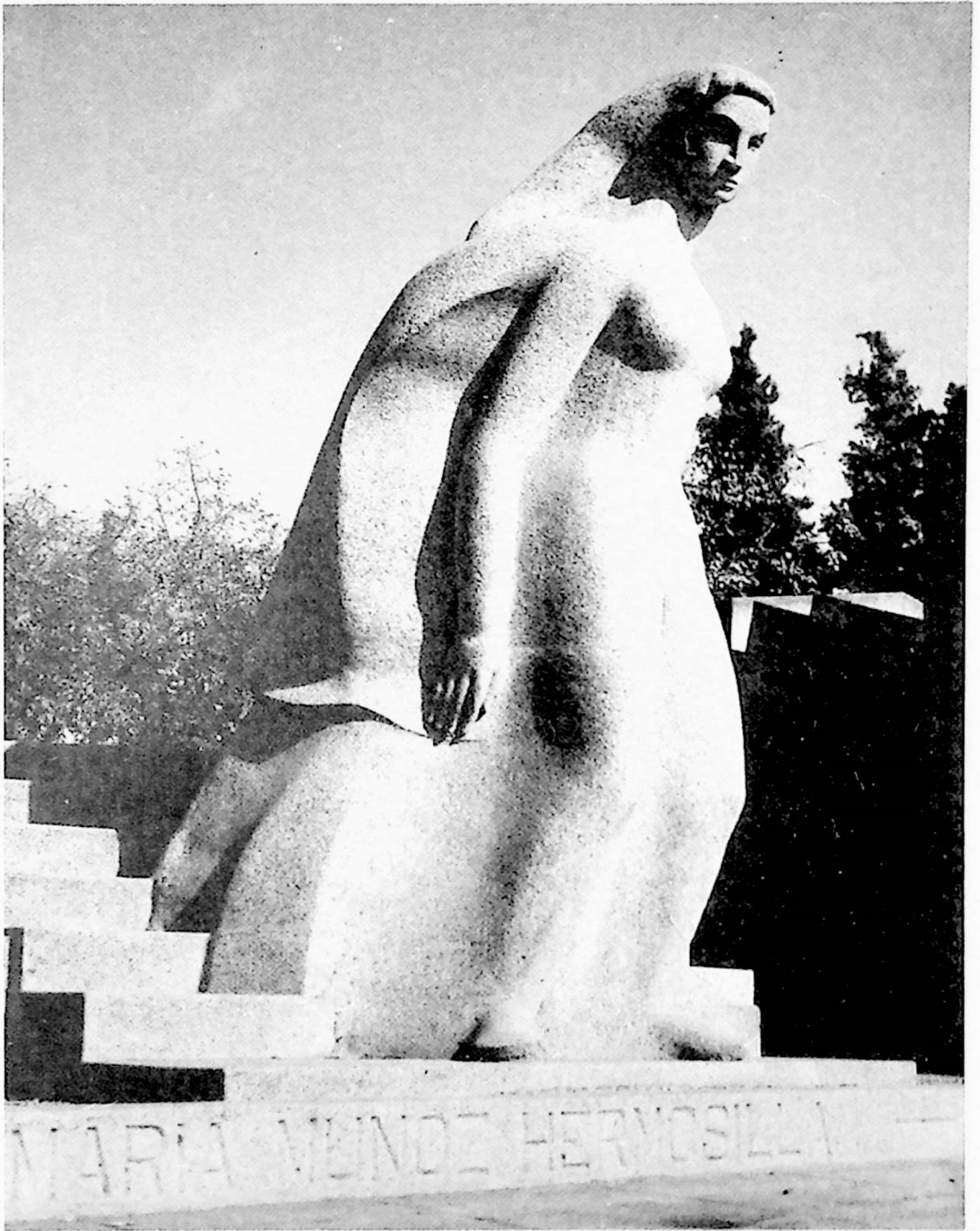
Samuel Román. La novia del viento.



Samuel Román. Monumento a las educadoras Isabel Pinochet y Antonia Tarragó.



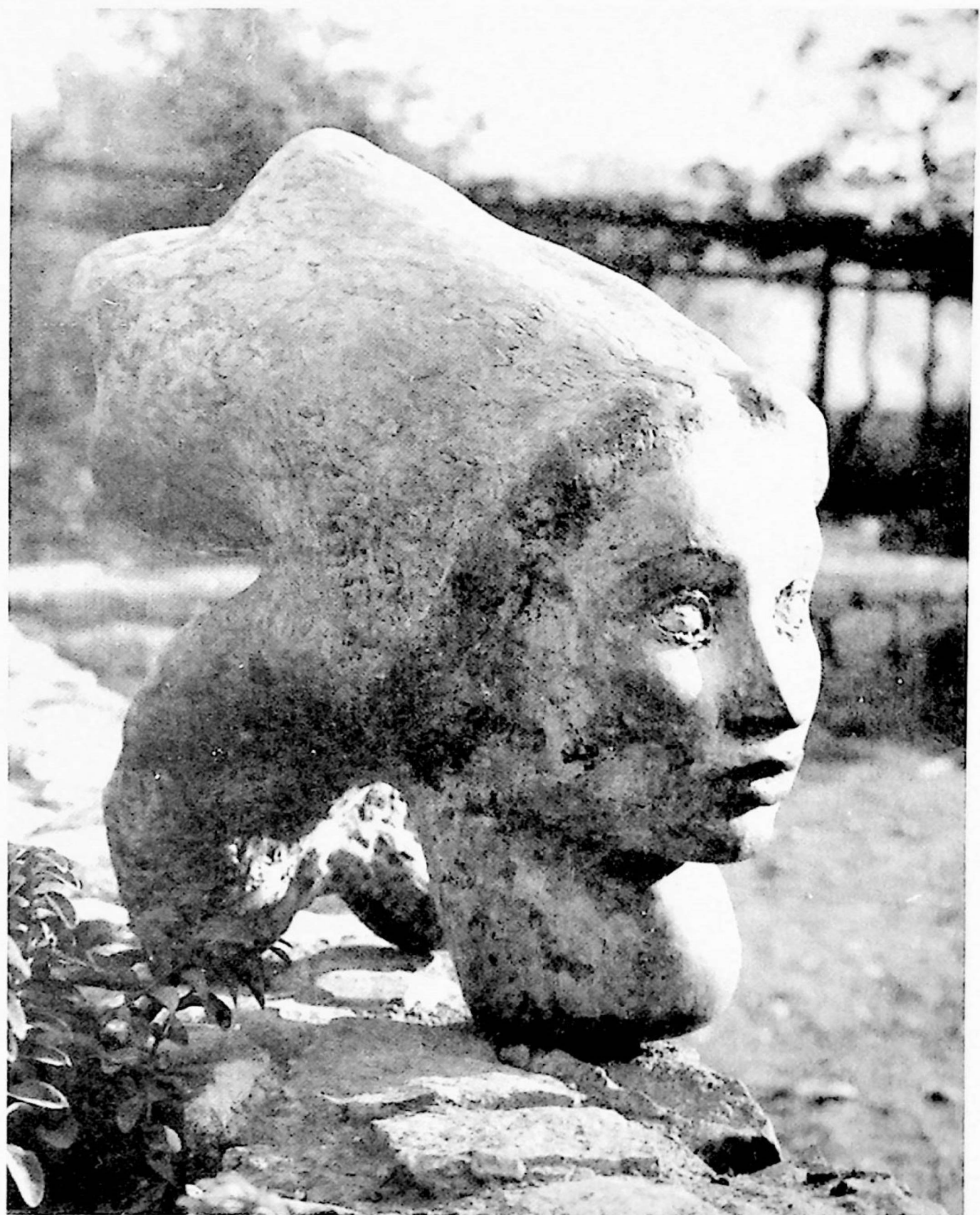
Samuel Román. La segadora.



Samuel Román. Monumento a María Muñoz Hermosilla.



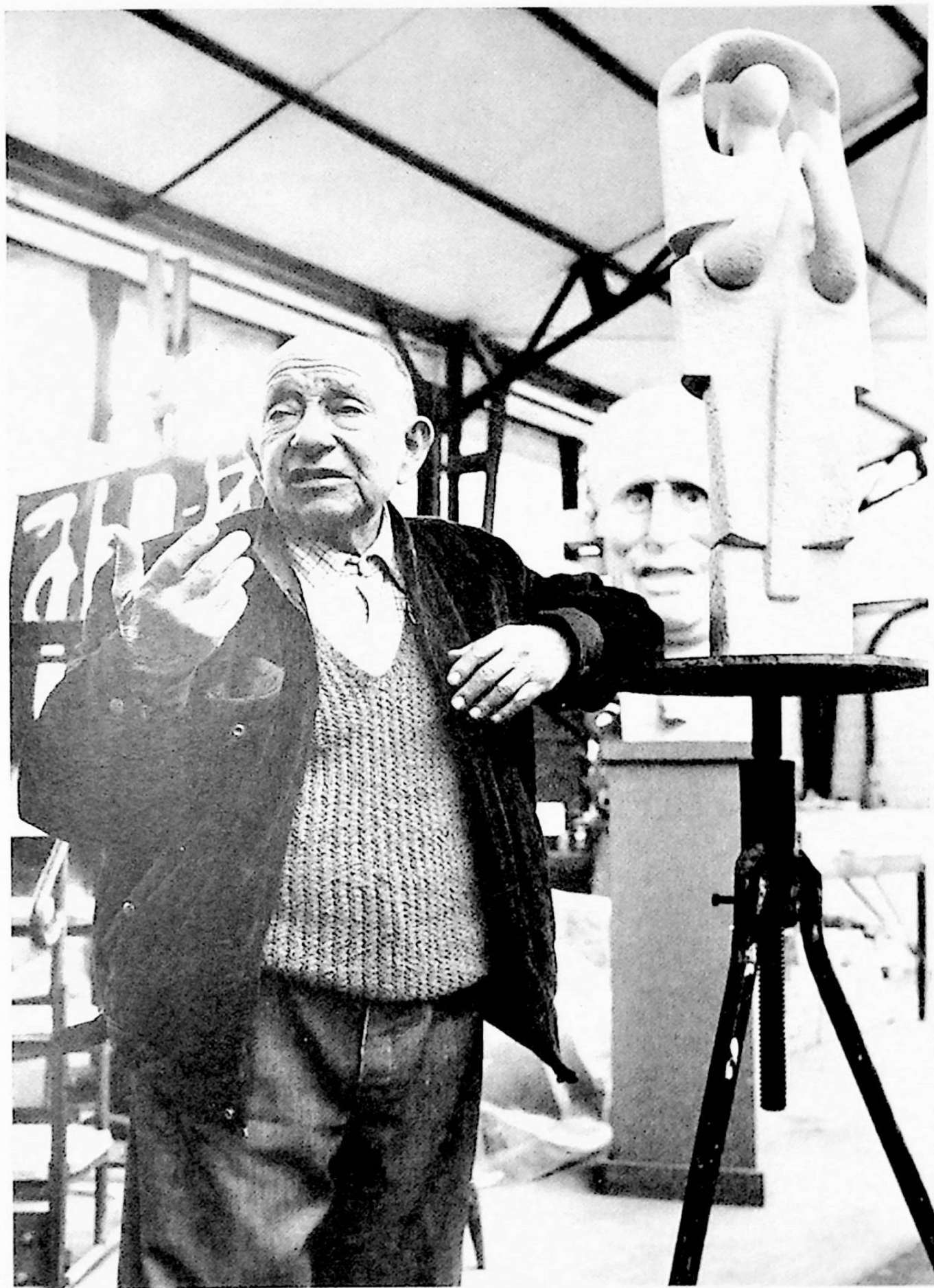
Samuel Román. "Beatriz".



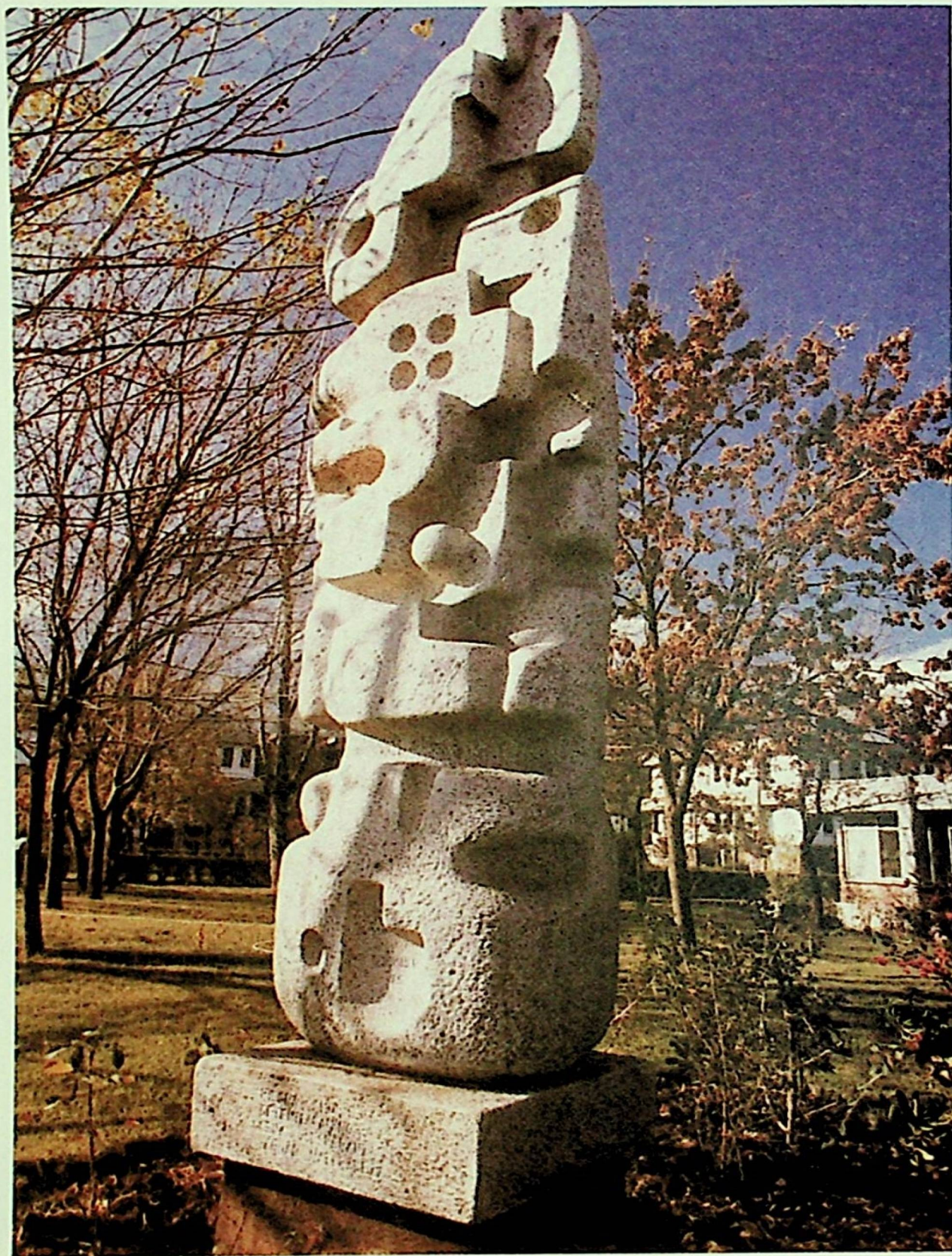
Samuel Román: Hechizo del fuego.



Samuel Román: Monumento a los fundadores de la Universidad de Concepción.



Samuel Román Rojas en su taller.



Samuel Román: Luz y sombra. Totem. Piedra de granito de 4,50 m de altura. Prestado a la Escuela de Profesores de la Universidad de Chile en Tobalaba, Santiago.



Samuel Román: Ojos y miradas (Bien y mal del hombre). Piedra basalto azul de 2,60 m de alto. En la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile en Santiago.